

FÉLIX SCHWARTZMANN. *El sentimiento de lo humano en América. Ensayo de Antropología Filosófica.*—Editorial Universitaria, 1950. Tomo I. 289 pp.

Esta obra de considerable importancia, publicada por el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Facultad de Filosofía y Educación, es la tesis con que su autor obtuvo el título de Profesor Extraordinario de Sociología de la Universidad de Chile. Merece aplauso sin reservas el acuerdo unánime de la Facultad de Filosofía, de publicar bajo sus auspicios este trabajo, que representa una contribución de primer orden a la literatura filosófica y sociológica latinoamericana, y que contiene ideas estimulantes y valiosas para una más adecuada comprensión científica de los problemas psicosociales.

El tomo primero, recientemente aparecido, comprende sólo la introducción y la primera parte de la obra; pero, a juicio de su autor, él constituye una unidad en sí mismo y es susceptible de ser considerado separadamente del resto.

Con todo, no es fácil juzgar, sobre la base de una exposición incompleta, un pensamiento tan denso y rico como el del señor Schwartzmann, acerca de problemas tan complejos como los que aborda. El señor Schwartzmann adopta, al parecer, como postulado fundamental de su investigación, la idea de que el sentimiento de lo humano, es decir, la índole inmediata o mediata, directa o indirecta, de la experiencia o vivencia del prójimo, señala la índole de la relación entre el hombre y el mundo y configura la conducta social. Su obra puede entenderse como la elaboración y desarrollo de esta idea matriz, que el autor confronta, para esclarecerla, con diversas concepciones psicosociológicas y cuyas consecuencias aplica a la comprensión de las características que, a su juicio, presenta la conducta social del latinoamericano. En el tomo que es objeto de este comentario, aunque íntimamente ligado y subordinado al aspecto constructivo, predomina, sin lugar a dudas, el aspecto crítico de su trabajo.

El señor Schwartzmann hace gala de una información vastísima y revela una seriedad y honradez de trabajo intelectual poco comunes en el medio latinoamericano. Su crítica se ejercita principalmente en cuatro direcciones: las relaciones interindividuales en sociología; la historicidad de lo humano; el concepto de tipos biopsicológicos, y la idea de un factor físico determinante de los fenómenos sociales.

Para situar su posición en el campo de la sociología, el autor analiza en la introducción las concepciones de Freyer, Dürkheim, Tönnies, Simmel, Vierkandt, von Wiese, Bergson, Scheler, Gurvitch, Max Weber, McLver, relativas a la naturaleza de los vínculos interindividuales que están en la base de la organización social, denun-

cia el carácter subrepticamente valorativo de las diversas formas de la oposición esencial entre comunidad y sociedad que muchos de ellos ofrecen, y se esfuerza por mostrar en qué medida esos diversos autores desconocen la índole específica, para él fundamental, del sentimiento de lo humano.

En las páginas 73 y 74 hace una lista impresionante de las diversas hipótesis con las cuales se trata de explicar las modalidades que presenta lo humano en nuestro tiempo, y declara que "parece haberse perdido en hondura para percibir lo inmutable en el hombre, lo ganado en soltura y penetración para intuir su cambiante fisonomía histórica" (p. 75). Mediante un examen de las ideas de Burckhardt, Hui-zinga, Jaspers, Fromm, Mannheim, señala la verdadera clave de los cambios del hombre en la historicidad del sentimiento de lo humano, y sugiere que el camino para comprender lo americano del sur está en la caracterización de dicho sentimiento.

El señor Schwartzmann se esfuerza, en seguida, por precisar los rasgos que considera típicos del latinoamericano —su "ánimo", su actitud ante la soledad y ante la naturaleza, la discontinuidad de su acción, su autoagresión, la fuga de sí mismo, sus reacciones ante la sociedad; el no sentirse significativo ni representado, su inmoralismo— y procura descubrir la manera cómo esas características pueden ligarse a su peculiar sentimiento de lo humano. Esta empresa lo lleva, especialmente en relación con su análisis de la actitud ante el paisaje y de la inestabilidad psíquica, a realizar una crítica excelente de las teorías de Kretschmer, Jung, Viola, Pende, etc., sobre tipos biopsicológicos, y de las ideas de Jaensch, Huntington, Fernando Ortiz, relativas a la influencia sobre lo social de un factor natural único. Se trata, nuevamente, de buscar la clave de la intimidad humana y de la relación del hombre con el mundo, no en factores biológicos o físicos, sino en la índole directa o indirecta del vínculo que liga a cada cual con su prójimo.

Cierto número de conceptos, al parecer fundamentales, para la plena comprensión del pensamiento del señor Schwartzmann en lo que respecta a su teoría del latinoamericano y a la dinámica del sentimiento de lo humano, cuyo desarrollo se promete en el tomo segundo, están apenas mencionados en el que comentamos. Además, la extraordinaria riqueza de ideas, alcances y referencias, y el suponer suficientemente claro el sentido en que se usan diversos términos y suficientemente fundada en hechos más de alguna generalización importante, complican la tarea de seguir con rigor todo el hilo del argumento y de juzgar la validez de su estructura conceptual.

Se trata de una obra de largo aliento, "mitad invitación a la acción creadora y mitad ensayo de antropología filosófica" (p. 11) y que, desde el punto de vista de la composición y del estilo, podría agregarse que fluctúa entre el ensayo filosófico-literario y el ensayo histórico-cultural, con incursiones no sostenidas hacia el campo puramente científico. Esta ambivalencia en la actitud del señor Schwartzmann se refleja en cierta falta de unidad metodológica en el curso de la investigación, en el hecho de pedir a un mismo método resultados que más rigurosamente se obtienen por métodos diversos, y constituye, a nuestro juicio, el reparo más importante que puede hacerse a su trabajo.

En efecto, el autor de este comentario debe señalar que hay razones para ser escéptico respecto de las posibilidades de la Antropología Filosófica en la tarea de descubrir leyes de la conducta humana que permitan comprender adecuadamente las modalidades del cambio social, aunque no se dude de su eficacia para precisar el sentido o la significación que los cambios históricos del hombre ofrecen en un momen-

to dado. Esto último sólo puede lograrse mirando al hombre desde dentro, mediante una inmersión directa en sí mismo y, por empatía, en su prójimo concreto, de una persona cultural e históricamente determinada que "ahora y aquí" se propone rastrear hasta sus raíces el significado profundo de sí mismo y de su tiempo, el sentido de sus valores, de sus símbolos, y de su conducta en relación con los demás y con el mundo. Es la tarea propia, inalienable y al parecer necesaria, de la filosofía. El manejar sentidos que no se dan unívocamente en el medio social que nutre su pensamiento, y el propósito de ahondar en ellos para formularlos con alguna precisión —con la intención de hacerlos más objetivos— es lo que, en parte, da su especial seducción al afán del filósofo, y, también, lo que forzosamente disminuye, en su método, el mismo tipo de rigor que se exige a la investigación puramente científica.

Ahora bien, la tarea de descubrir las leyes de la conducta humana, las condiciones generales en que se dan los cambios del hombre y de los diversos significados que éste atribuye a su relación con los demás y con el mundo, siendo más bien cómplice lúcido que víctima ingenua del relativismo histórico, requiere mirar al hombre desde fuera, como "cosa", según la forma, aun válida, de Dürkheim. Requiere tomar como objeto de la búsqueda, no un hombre ya hecho y situado, sino el proceso por el cual el hombre, como miembro del género humano y como individuo de una época cualquiera, se hace y se sitúa. Es la tarea que la psicología científica moderna comienza a realizar, con métodos todavía vacilantes y con resultados aun muy imperfectos, pero ya alentadores. Para ella, los contenidos concretos de lo humano en épocas dadas son, o bien instancias intercambiables cuyo análisis (para el cual no son en modo alguno inútiles los resultados de la investigación filosófica como expresión depurada de esos mismos contenidos) es una base indispensable para la formulación de explicaciones generales; o bien son instancias singulares a cuya comprensión se aplican, para poner a prueba su validez, las leyes generales que se ha creído descubrir.

Estas dos posiciones, aunque se refieran a un mismo objeto, difieren en cuanto una acentúa lo singular y lo concreto, y la otra, lo general e intemporal. Cuando se trata de comprender al hombre, dan dos visiones que no hay razón para que no se complementen y enriquezcan mutuamente, ni para que se juzgue más legítima la una que la otra. Pero son dos visiones diversas, y los caminos por los cuales se obtienen difieren también, en cierto modo.

El no haber confundido estos caminos es lo que confiere su integridad metódica a obras de intención comparable, aunque de menos vasta envergadura, que la que comentamos —tales como el clásico libro de Madariaga sobre ingleses, franceses y españoles en el campo histórico-cultural y los breves ensayos del antropólogo inglés Gorier, sobre el carácter nacional de japoneses, norteamericanos y franceses en el campo estricto de la psicología social. La medida en que en el curso de su investigación el señor Schwartzmann haya podido confundirlos, afectará la validez de sus conclusiones desde el punto de vista científico, a menos que consiga integrar, en una nueva síntesis, dos maneras de abordar el problema del hombre cuyas diferencias parecen innegables, y que requieren técnicas de conceptualización, de búsqueda y de prueba diferentes.

Con todo, sus brillantes intuiciones sitúan el problema científico casi en el punto más promisor —y decimos casi porque la relación interhumana no nos parece originaria, sino inmediatamente derivada de la interacción del sujeto con su medio en

el sentido amplio— y arrojan muchas luces sobre el asunto que no pueden ser ignoradas.

Considerado este reparo, la investigación del señor Schwartzmann, escrita en un castellano ejemplar por su fluidez y su corrección, representa un trabajo de indiscutibles méritos y original por muchos conceptos, y constituye una referencia indispensable y valiosa, tanto para la teoría psicosocial como para todo el que intente continuar la tarea de comprender las peculiaridades que el hombre occidental ha desarrollado en la América del Sur.

OSCAR VERA

*Symposion*, Jahrbuch fuer Philosophie. Freiburg.—Alemania, 1949. Tomo I, vol. de 410 págs.

Muchas veces se oye, tanto en el círculo reducido de los entendidos como en el gran público de los interesados y curiosos, la pregunta por el sentido de la actual filosofía alemana. Han aparecido últimamente —después de la guerra— algunos libros nuevos de maestros consagrados, pero la cuestión es: ¿Qué piensan las nuevas generaciones? ¿Hacia dónde enrumba el pensamiento filosófico alemán? Las respuestas a estas preguntas son, por lo general, vacilantes y fragmentarias, quizá porque parece que las “novedades” en este terreno vienen ahora de otras latitudes.

Una nueva publicación periódica en gran estilo nos da una visión clara de lo que quiere un importante sector de la filosofía germánica. Se trata de *Symposion* (*Jahrbuch fuer Philosophie, Freiburg*, Alemania, 1949, tomo I, 410 páginas, director: profesor Max Müller), en cierto modo el continuador de la revista “Logos” y del *Jahrbuch* de Husserl, editado por un grupo de profesores de la Universidad de Friburgo i. Br. y otros elementos vinculados a la alta especulación. El vol. I está dedicado a Martín Heidegger, en homenaje a su LX aniversario, y su prólogo tiene el sabor de un manifiesto.

¿Cómo encaran estos pensadores el futuro espiritual en su meditación? ¿Cómo entienden el sentido de su filosofía? Por lo pronto se trata de restablecer la continuidad con el pasado, con la época de florecimiento que vivió la filosofía alemana entre 1918 y 1932, caracterizada por los nombres de Scheler, Hartmann, Jaspers y Heidegger, y surgida a la sombra de Husserl. La actual meditación, si quiere ser digna de ese pasado, tiene que referirse conscientemente y vincularse a ese período glorioso. Con ello se quiere decir: el filosofar debe ser histórico, relativo al momento y a la situación, pero no, por ello, “historia errorum humanorum”, sino “philosophia perennis”, esfuerzo continuado por desentrañar el ser.

Como tal no puede ignorar un hecho capital: la *religio* positiva, el cristianismo, al cual es absurdo cerrarse en la meditación de radical aclaración de la realidad. Los miembros del *Symposion* no tratan de instaurar una “Filosofía cristiana”, sino despejar el terreno para un encuentro fructífero y cabal de dos profundas instancias de la existencia: la creencia cristiana y el pensar originario.

El *Symposion* se abre a la problemática de la ciencia, o mejor de las diversas ciencias. La Filosofía no es una “rama” del saber, sino una investigación universal de los fundamentos de estas “ramas”, y por lo tanto es diferente, radicalmente dife-